

TANIA PADILLA

La torre
invertida

XXII PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Ramón Pernas, Francisco Prior y Luis del Val. La novela *La torre invertida*, de Tania Padilla, resultó ganadora del XXII Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2017

© Tania Padilla, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-855-8

Depósito legal: SE. 1721-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CERO..... 13

I

UNO 27

DOS..... 50

TRES 58

CUATRO..... 76

CINCO..... 86

SEIS 102

SIETE..... 111

OCHO 130

NUEVE..... 139

DIEZ 149

II

ONCE 161

DOCE..... 174

TRECE	184
CATORCE.....	203
QUINCE.....	214
DIECISÉIS.....	236
DIECISIETE	254
DIECIOCHO.....	281

III

DIECINUEVE	297
VEINTE	324
VEINTIUNO	346
VEINTIDÓS	365
VEINTITRÉS.....	376
VEINTICUATRO	392
VEINTICINCO.....	410
VEINTISÉIS.....	426
NOTA DE LA AUTORA.....	435

A mis padres, que nos llevaron por primera vez a Portugal.

Y a mi hermano, con quien volví.

A Alberto, que me leyó despacio y supo cómo mejorarme.

«Ves aquí la gran máquina del mundo,
etérea, elemental, que fabricada
así fue del saber alto y profundo,
que es sin principio y meta limitada.»

Os Lusíadas,
Luís de Camões

«Soy una figura de novela por escribir, que pasa
aérea y deshecha sin haber sido, entre los sueños
de quien no supo completarme.»

Libro del desasosiego,
Fernando Pessoa

CERO

DESPUÉS DE HABERLE ECHADO POR ENCIMA LA CANELA y el azúcar, tal y como en un torpe español me ha aconsejado que haga el camarero que todavía me mira complaciente de pie ante mi mesa, le doy un bocado a esta especie de cuenquito de hoja que me ha traído con el té. La densa crema que lo rellena me quema el labio, y mientras me limpio con urgencia miro incómoda al solícito muchacho (¿por qué no se va?) y asiento y sonrío, y entonces Agostinho Pires (eso pone en una plaquita que se abrocha con un alfiler a su chaleco azul) me mira, asiente también, sonrío, hace una pequeña inclinación con la cabeza y se marcha con paso rápido y balanceando rítmicamente el brazo en el que reposa tersa su inmaculada servilleta de tela.

Pastéis de Belém, leo en la pequeña servilleta de papel que hay sobre mi mesa antes de limpiarme los dedos, cuando me acabo el dulce; la comprimo hasta hacer con ella una bolita que mantengo entre las manos. Mientras me bebo el té, que hasta ahora no he tocado porque también quemaba (rojo, pu-erh de bolsita), presto atención al

murmullo que llena la célebre pastelería lisboeta, trufado de esas eses portuguesas que parecen llenar el aire de besos, a las que enseguida, más prosaicos, se superponen el chirrido de la vieja cafetera, el metálico sonido de las cajas registradoras al abrirse y cerrarse, las expansivas risas de una familia de españoles. Sin embargo, ninguno de estos sonidos le niega al lugar su logrado sabor castizo (veladores de mármol, suelo ajedrezado, inmensos espejos de pared, alicatado azul marino a juego con los chalecos de los empleados), remotamente anacrónico, que invita al cliente solitario a transportarse a algún tiempo no cifrado en los relojes, y desde ese otro tiempo, a modificar este espacio: a rotarlo, desvaírlo, hacerlo otro.

En silencio me recomiendo como antídoto el *hic et nunc* de los latinos, aunque probablemente es en la introspección, y en concreto en las reflexiones más tóxicas y dañinas, en las infructuosas divagaciones atormentadas de narrador y personajes, donde se han forjado, renglón a renglón, párrafo a párrafo, todas las historias que merecen la pena. Me convengo entonces con este contraargumento, a pesar de que mi novela no está hecha de palabras (todavía no), aún es carne viva, ideas: un vaporoso andamiaje que trato de asir con el bolígrafo que saco del bolso y una servilleta que ahora tomo del servilletero (estas son más bastas, satinadas, *Pastéis de Belém*). Escribo en una de ellas: «Sentada en una de las mesas, Sofía se plantea el enfoque literario que debe seguir a la hora de abordar su historia»; y me guardo el papel en el bolsillo de la camisa.

Miro a mi alrededor: unos niños jugando a las casitas (alemanes, me parece: a ciertos juegos se juega en todo

el mundo), una cámara réflex contra la pechera de un norteamericano fofo, bandejas cromadas, pajaritas negras, una vitrina llena de dulces, una corpulenta brasileña sobre afilados zapatos bermellón, un muchacho joven que exhibe con el orgullo de lo que está de moda un coqueto bigotito a lo Errol Flynn. Me esfuerzo de nuevo por penderme de cada objeto, de cada persona; me sujeto con invisibles garras a lo que tiene volumen y forma, olor, sabor, apariencia. Pero enseguida vuelvo a abandonarme, y palpo inconscientemente pero convencida, milímetro a milímetro, el hilo que me lleva desde este aquí tan inmediato, hasta aquel entonces en que empezó todo.

No sé si fue en el trabajo, algún compañero de la biblioteca, o dónde. Tampoco cuándo: hace ya mucho, lo suficiente al menos como para no aventurar fechas. Sé que en algún momento tuvieron que mencionarme por primera vez el embrión de todos esos hechos aislados que la perspectiva del tiempo me ha hecho percibir de forma ordenada, causal, predeterminada incluso. Me admira la manera tan resuelta que tenemos de ordenar el caos para que nos signifique algo. Supongo que esa lógica nos conforta y nos hace más soportable la cara despiadada de una existencia a todas luces casual y con frecuencia tan claramente inútil. También es el paradigma que hace posible la novela, ese armazón de introducción, nudo y desenlace que es una manera soterrada de existir en un guion ya establecido, atrapados en un corsé que en cierto modo nos recuerda a un salvavidas.

Había una ciudad no muy lejana de la que se decían cosas extraordinarias. Según lugareños y foráneos, en aquel

lugar la magia era algo tangible, no solo una cuestión de fe o de una particular disposición del alma, como se nos cuenta acerca de los territorios míticos en algún momento inolvidable de la infancia; tampoco un elaborado misterio de la literatura o el cine con el que pasar mejor las horas de un insípido domingo. Además había unas coordenadas que corroboraban la concisa existencia de aquel lugar: en la realidad porosa de los mapas primero; luego, con la nitidez de lo que ocupa un espacio en el mundo. Esta ciudad se llamaba Sintra.

Vuelvo mi atención de nuevo hacia la taza que tengo delante, esta vez no a propósito, sino a merced del mismo vaivén que antes me impulsó hacia adentro; pero no por mucho tiempo. El poco té que me queda está ya frío; lo apuro de un trago. Pienso en lo extraño de haber venido sola a Lisboa, y no sé si me entristece que Alberto no me haya acompañado en este viaje o en realidad me alegro de la libertad que no puedo evitar sentir, o de la tenue euforia que ahora noto. Con Alberto aquí, a mi lado, todo sería como en esa pareja de franceses de la mesa de al lado: fotos, risas, besos, ruido. O tal vez silencio.

Después de nuestro enlace en el Castillo de Bil-Bil de Benalmádena (una excentricidad que entonces me pareció de buen gusto) y la subsiguiente luna de miel en un balneario de Karlovy Vary, había renunciado, de manera espontánea y sin que nunca llegara a asaltarme ningún rezagado remordimiento, a muchos de mis habituales planes en solitario; no solo viajes: paseos, teatro, cine, cenas. Incluso le había dado de lado —esto más que con explícita consciencia, con una pesadumbre desapercibida— a

salir con mis amigas de la universidad, a las que mi desidia, además de sus nuevas vidas de impacientes madres, acabó alejando de mis recientes decisiones.

Desde luego no me vedé estas tímidas formas de autoafirmación e independencia por temor a que Alberto pusiera alguna traba a mis salidas sin él (más bien al contrario: él las habría celebrado, porque así habría podido pasar un fin de semana, o siquiera un domingo, leyendo lo último de algún raro poeta finés en su sillón fetiche —«beato sillón» lo llamaba, por el poema de Jorge Guillén— o viendo a solas su admirada trilogía de Kieslowski). Era yo la que *motu proprio* había acabado renunciando a trazar planes por mi cuenta, bien porque era consciente de que él no tenía amigos con los que llenar los huecos de mis ausencias —colegas sí ha tenido siempre muchos, y también aburridas cenas con intelectuales de las que no siempre era fácil zafarse—, bien porque mi visión de la pareja, quizá heredada de mis propios padres, era como la que tienen los agapornis, esos bobos pajaritos que si se separan, mueren.

Sinceramente, me sorprendió la negativa de Alberto a acompañarme en mi viaje. Todavía no he llegado a entender su terco empeño en aprovechar las vacaciones de verano para avanzar en un par de artículos y concluir la traducción de las obras completas de un marginal poeta polaco. Sin embargo, su inflexible decisión ha sembrado en mí una inesperada euforia que desde lo más íntimo me empuja con violencia a la acción; pero no como hasta ahora, como la veleta cuando una ráfaga le sopla, sino como un motor autónomo, orgulloso de su eficaz funcio-

namiento, ajeno a la necesidad de ser movido. Por eso noto que todos mis propósitos durante el viaje son un acto de tácita rebeldía contra él y su rígida visión del mundo: desde haberme desplazado hasta Lisboa en tren en lugar de en avión, hasta haber venido a esta pastelería, de la que Alberto habría dicho que tenía «su prístina candidez inicial mancillada sin remedio por la fama y las subsiguientes hordas de turistas, que todo lo corrompen». Me descubro tranquila por haberme evitado sus ácidos comentarios como apostillas a todas mis decisiones, acompañados de ese característico mohín de elitista desprecio en sus labios, aunque en realidad me preocupa ser ahora capaz de reconstruir su no emitido discurso, como si su voz fuera ya una voz interior mía que lo convoca cuando no está.

Dejo ahora que la vista se me pierda en el breve cuadrado blanco de la mesa, del que recojo ausente con la yema del dedo algunos restos de hojaldre y azúcar. Pienso entonces que el pastelillo me ha sabido a poco y levanto la vista intentando localizar al solícito Agostinho. Cuando tengo un nuevo dulce delante (*nata* lo llaman), demoro el primer bocado para que la crema que encierra no me abraza el labio. Juego entre tanto con los dispensadores de canela y azúcar, que son dos tazas metálicas abiertas en un extremo por varias hileras de agujeritos. Tomo cada una por su asa y las vuelco alternativamente: canela, azúcar, canela, azúcar, canela, azúcar...

Fue el verano pasado cuando empecé a valorar desde otro prisma mi relación con Alberto. A finales de julio decidí releer *Anna Karénina*. Entré con facilidad en la no-

vela, con la soltura con la que se adentra uno a oscuras en su propia casa. La sensación era grata, de constante reconocimiento, pero a medida que avanzaba en la historia se me evidenciaba con más claridad una conexión fatal entre Alberto y el esposo de la heroína rusa: el sarcástico, cobarde y petulante, pero también bondadoso y abnegado, Alekséi Karenin. Y al tiempo que mi mente hacía esta emocional asociación, pensé que era bastante probable que si alguna vez se cruzaba en mi vida algún conde Vronsky con quien pudiera comparar a Alberto, con toda certeza se me desmoronaría ese complejo andamiaje de humo que era nuestra relación a estas alturas: una débil arquitectura que en el día a día y en mi soledad poco me costaba dar por firme y entera. Pero allí estaba aquella descomunal historia que, desde su decimonónica mentira, me zarandeaba los cuatro gastados pivotes que sostenían mi vida junto a Alberto.

Un día de mediados de agosto de aquel mismo verano, recostada en una tumbona de la piscina de la casa de mis suegros en Lozoya, hundí la vista en uno de los márgenes de las páginas centrales de la novela, varada en algún lugar indeterminado de la lectura. Entonces traté de convencerme de que Alberto, además de bondadoso y abnegado como el sólido Karenin, también era otras cosas objetivamente buenas, y que en realidad su aire de intelectual, lo bien que hablaba ciertos idiomas prestigiosos, y todos los libros imprescindibles que había leído, las películas en versión original que había visionado y lo indiscutiblemente prestigiado que estaba en el mundo académico, eran bazas a la fuerza apasionantes; además, se-

guía siendo muy atractivo a pesar de su edad, y vestía con una elegancia de *gentleman* que, aunque me costara reconocerlo, era para mí motivo de un orgullo cuasi materno.

Por la noche, ya en casa, primero frente al espejo del baño y luego bajo la alcachofa de la ducha, o mientras extendía por mis enrojecidos hombros una abundante capa de *aftersun*, continué analizando pros y contras. Así logré salir del cuarto de baño con la inflexible determinación de anclarme al presente y evitar someter a examen una convivencia de años que, vista en su conjunto, iba como la seda. «Tráeme un yogur, hazme el favor», le dije a Alberto mientras me dirigía al salón. Fugazmente sentí que lo odiaba, y me asustó esta nueva ventana abierta al abismo. La cerré de golpe. Cuando lo vi en la penumbra, encajado en el vano de la puerta, sosteniendo mi yogur entre sus largos dedos de erudito (las uñas siempre limpias, suaves, romas), le sonreí, hipócrita, mientras notaba en mi interior el vértigo de algo parecido a una caída.

Durante los restantes días del verano decidí parapetarme con esa máscara, segura de que en el fondo era más comfortable que mi sórdida e inoportuna desnudez, y me afané en aplicarle a Alberto un optimista microscopio que me llevara al dulce error de creer vasto en él lo que yo ya sabía que era breve. A pesar de todo, los dos notamos que en esos días algo se había roto en nuestra relación, no una parte vital, desde luego, porque al menos seguíamos latiendo, pero sí algún tejido subyacente: tal vez la red que había estado sosteniéndonos contra el vacío definitivo de lo que se acaba.

Por suerte no transcurrió mucho tiempo entre la evidencia de la necesidad del cambio y el hallazgo de una labor en la que volcar me para fortalecer ese importante flanco que había adivinado débil en mi vida. Fue a primeros de octubre cuando escuché hablar por primera vez largo y tendido sobre Sintra, una ciudad que hasta entonces me había pasado casi inadvertida.

Existen momentos fulgurantes, por completo inesperados, en los que alguien dice algo que desconocíamos y que logra interesarnos como si lleváramos dándole vueltas desde siempre. Desde luego esto no sucede la mayor parte de las veces, pero por si acaso deberíamos temer en cada ocasión al otro, al emisor, por si en efecto nos regala uno de esos segundos que van a cambiarnos la vida. Yo siempre he pensado que hay una suerte de hermanamiento entre hechos similares, como si los acontecimientos parejos entre sí se llamaran o se atrajeran a causa del velado efecto de una silenciosa complicidad atómica. Esto hace posible que a veces, si estamos lo suficientemente alertas, podamos percibir esas señales como un indicio inequívoco para la acción. Gracias a esta mágica duplicidad, los momentos de intuición gozan del respaldo de la insistencia, que nos llama por nuestros nombres para que nos sintamos señalados, elegidos, convocados sin remedio.

Así, después de que una compañera de trabajo me hablara de su viaje a Sintra, vi un reportaje en la televisión sobre un palacio llamado Regaleira: una quinta de recreo que construyó un millonario excéntrico, particularmente crédulo del poder de lo telúrico en aquellos parajes. Así, cuando al día siguiente, durante mi turno de mañana en

la biblioteca donde trabajo, un lector me entregó una desiderata con el título de un libro en el que se hablaba de la enigmática mansión, yo, ya conocedora, predispuesta, reconocí de inmediato la huella de lo que ya no iba a pasarme desapercibido. Entonces fue cuando decidí que tenía que escribir una historia.

Por todo esto y en consonancia con mi particular manera de ver el mundo, reconociéndolo, modelándolo, tengo ahora la certeza de que mi aventura empieza aquí, en esta cafetería sobre la que leí mientras buscaba en internet más información sobre Sintra y sus alrededores. Luego la he visto mil veces en las inagotables redifusiones de los documentales de la televisión por satélite. Precisamente ahora me gusta estar aquí, en este lugar, porque lo reconozco. El reconocimiento es una forma de hermanamiento con las cosas, es jugar con ventaja. Y eso me hace sentir segura en cada trazo sobre el papel.

Un vaso estalla contra el suelo. Vuelvo la cara hacia el estrépito y veo cómo la pareja francesa se excusa ante Agostinho, que acude presuroso con la escoba y el recogedor. Cuando de vuelta pasa a mi lado le pido la cuenta, y mientras la espero pienso en la tierra que piso y en las palabras que no encuentro, y por eso recalco en Pessoa, portugués y poeta, vate con doble lastre para la fama póstuma. Enseguida vuela mi mente hacia esa célebre librería que visité con Alberto hace años, la Bertrand, de la que dicen que es la tienda de libros más antigua del mundo, en el barrio del Chiado, junto al café A Brasileira, donde alternaba el literato. A esa librería también podría ir antes de empezar mi historia, a modo de prefacio, para sembrar

coincidencias, para contar palmo a palmo. Tal vez encuentre allí algún libro sobre Sintra y la misteriosa Quinta da Regaleira, para visitarla ya sabiendo.

—Dos escudos. —Me gustaría que me dijera el camarero al traerme la cuenta, como seguramente me lo habría dicho alguien la primera vez que estuve en Portugal, hace ya treinta años, siendo niña, con mis padres, en un pequeño pueblo llamado Alcobaça.

Pero en lugar de eso el señor Pires me trae un tique en el que pone el precio, caro (siete euros veinte), y debajo su nombre, como si fuera un billete de amor.

—*Obrigado* —me dice con una sonrisa que celebra mi propina.

Asiento en silencio porque no recuerdo cómo se dice en portugués «de nada». Me levanto, cojo el bolso, me pongo las gafas de sol y pienso sin poder reprimir una mueca jocosa en los labios (me la veo en un espejo) que ojalá mi novela fuera de esas que leíamos en la infancia en las que se podía decidir la propia aventura («vive tu propia aventura», rezaba siempre en la portada, bajo el título). *Pasa a la página siguiente si decides ir a la librería Bertrand; si, por el contrario, coges un taxi directamente hasta Sintra, ve a la página 12.* Yo, sin dudarle un instante, habría pasado antes por la librería: probablemente ir directos a la Quinta da Regaleira sería un atajo que nos llevaría a darnos de bruces con la realidad.

Miro la hora y los tranvías que pasan, llenos; dudo un instante, paro un taxi y decido volverme al hotel. Pero a medio camino cambio de idea.

I

«Y como peregrino que gozaba
del templo de sus votos, observando,
y contar lo que ha visto deseaba,
allá, por la viva luz paseando,
mis ojos por las gradas discurrían
ya arriba o hacia abajo circulando.»

Divina comedia (Paraíso),
Dante Alighieri

«En su profundidad vi que se interna,
con amor en un libro encuadernado,
lo que en el orbe se desencuaderna.»

Divina comedia (Paraíso),
Dante Alighieri

UNO

ALBERTO NO PUDO EVITAR GUSTARSE MUCHÍSIMO cuando se miró en el espejo del vestidor. Valoró el aspecto que tenía con aquel esmoquin y de repente se supo seguro de sí mismo y de sus ideas. Siempre se había sentido atraído por un tipo de elegancia que él llamaba «a la norteamericana». Esta, según sus propias palabras, era la pura esencia del distinguido corte italiano aderezado con pajarita y fajín de raso. Las camisas con chorreras quedaban excluidas del arquetipo. Con inconscientes deseos de emulación, desde niño ya había contemplado ataviados de esta guisa al apuesto Cary Grant o al payaso pero estiloso Stewart en las magnéticas películas de Hollywood que con devoción engulló entonces y que con tanta displicencia solía tratar ahora, desde la nueva perspectiva del estrado. No obstante, hasta hacía tan solo unas semanas no se había atrevido a encargarse a su sastre de confianza un traje de las características de los de sus más íntimos anhelos. *Hay ciertas excentricidades que solo los años pueden hacer que uno se permita.* En cierto modo su mente albergaba la recelosa idea de que vestir así po-

dría suscitar una impresión contraria a la que él pretendía, que era causar en los otros, ya fueran mujeres (en un velado proyecto de flirteo) u hombres (para dejar claro que el cortejo no podía quedar en tablas) una admiración sin fisuras que redundara —aunque de esto tampoco era él del todo consciente— en una más favorable percepción de sí mismo. No quería parecer un farandulero o un petimetre; tampoco un inexperto Sinatra recién asesorado por sus benefactores. En realidad su idea era resultar sofisticado pero cabal.

Varias semanas atrás Alberto había pensado que una celebración en Madrid, en una lujosa mansión de La Moraleja, podría ser la circunstancia más apropiada para estrenar su nueva adquisición hecha a medida. Para las celebraciones en Segovia él solía recurrir a la chaqueta de pana o el jersey de cuello alto, que eran también prendas elegantes pero bastante más discretas (*como él mismo*, se reconocía dudoso de su acierto al llamar al sastre), y que rezumaban intelectualidad y una pizca de esnobismo (*como él mismo también*, se obligaba ahora a reconocer con resignación). Además, en estas celebraciones más provincianas a menudo se comían legumbres y carne a la brasa, y cierto tipo de urbanita distinción, más ligada al champán y al canapé, no parecía del todo compatible ni con los opíparos menús segovianos, ni con el castizo contexto que solía acompañarlos.

Era evidente que aquella noche Alberto estaba de muy buen humor: ajustándose los gemelos frente al espejo de la entrada, sacando su ostentoso Audi del garaje, esperando en él a Sofía (rumbosos los dedos contra la piel

del volante), que siempre tardaba tanto en arreglarse, bajando luego las ventanillas unos centímetros para evitar el atufamiento por la amalgama de perfumes que exhalaban los dos, conduciendo a ciento veinte exactos por la autovía, hablando sobre el mal gusto o la indiscreción de algún colega. Cuando se hizo un silencio entre ambos, tuvo tiempo para calibrar el tamaño de las esperanzas que tenía depositadas en aquella cena de fin del curso académico que este año se celebraba en casa del actual decano, don Alonso de la Hoz. Era probable que pudiera recabar más apoyos de los esperados para presentar su candidatura a rector. No lo entusiasmaba demasiado la idea de alejarse de la investigación por unos años, pero su necesidad de asumir el control, de sentir como factible la posibilidad de cambiar algunas cosas que, sin duda, se harían mejor *a su manera*, era un motor incluso más potente que el magnetismo de la erudición.

Supieron al llegar que, pese a la suave calidez de la noche de junio, la comida tendría lugar dentro, en el comedor de las enormes cristaleras que daba a la piscina. Esto contrarió a Alberto, que enseguida lamentó que Alonso diera más prioridad a exhibir su suntuaria mansión que al bienestar de sus invitados. Sin embargo, decidió guardarse para sí la indignación, ya que últimamente Sofía le ponía mala cara cada vez que lo escuchaba quejarse.

A un lado del caminito de acceso a la casa, sobre el césped, se apostaba solícita una señorita del cáterin a la que tuvieron que decir sus nombres. «Kaufman y esposa, Kaufman y esposa...», susurró ella mientras deslizaba su uña pintada de rojo por un papel lleno de trazos a orde-

nador. «Ah, sí. Aquí. Mesa 7. Bienvenidos». «Lo de la mesa es una excusa para pasar lista», le comentó Alberto a Sofía, que lo miró malhumorada al escucharle el primer comentario mordaz de la noche. «Yo ya ni siquiera recuerdo el número de la mesa, y de aquí a que nos pasen al comedor... ¡Ni que fuéramos gilipollas!». Sofía asintió distraída, mirando a su alrededor por si veía alguna cara conocida.

Antes de llegar a la piscina, ante el parterre del chalé, se levantaba un breve atril que sostenía unos folios de considerable gramaje escritos con letra impresa con aire de plumilla. *Entrantes varios: ajoblanco, caramelos de morcilla, croquetas de espinacas con piñones, delicias de roquefort y nueces, hojaldres de salmón, gambones en tempura con miel de caña... Primer plato: cóctel de marisco. Segundo plato: solomillo de kobe con patatas panadera y menestra de verduras. Postre: delicia de praliné al crocanti con salsa de higos.* Alberto suspiró aliviado y se giró hacia Sofía para decirle que suerte que su intolerancia a la lactosa en esta ocasión solo lo llevaría a declinar el postre. Entonces descubrió que ella, discreta, se había zafado de su brazo y ya no estaba a su lado. Miró hacia su izquierda y la vio saludando a la mujer de un profesor del que no recordaba el nombre, amiga suya del instituto.

Se sirvieron los entrantes al amparo de una pérgola levantada entre dos abetos, a pocos metros de la piscina. Alberto estrechó tantas manos y golpeó afectuosamente tantos brazos que perdió la cuenta y acabó mezclando la identidad de las personas a las que había saludado y a las

que aún no. Recordó la prestancia de su atuendo al ver las miradas subyugadas, sorprendidas, retadoras, de quienes se le acercaban, los evidentes cuchicheos de quienes se quedaban mirándolo al pasar; y en su fuero interno se alegró de que aquel traje funcionara como una especie de termómetro que le permitía calibrar con más certeza a los otros: su admiración, su envidia. Cuando amainaron los besos y abrazos protocolarios, Alberto volvió a acordarse de Sofía, que continuaba huída, retozona. Miró a su alrededor y la vio a lo lejos, acaparada por el ínclito empresario Castro. *Otra vez. Siempre lo mismo*, se dijo cabeceando hasta ir a posar la vista en la punta de sus lustrosos zapatos de charol. Por un instante el orgullo soterrado que lo embargaba dejó paso a un resquicio de vergüenza. Alarmado, volvió a alzar los ojos. Bien pensado era mejor que Federico Castro le hiciera de nuevo su estúpida corte a Sofía, que tener que andar preocupado toda la noche porque ella se encontrara sola o se sintiera desplazada en aquel ambiente en el que —ella siempre se lo echaba en cara— no acababa de encajar. Sofía llevaba un vestido negro ceñido y en su pecho titilaba un sobrio colgante de plata. Ahora, al verla de lejos, segura y sincera entre tanto excesivo maquillaje y ropajes coloridos, se arrepentía de haber pensado que Sofía esa noche no estaba a la altura de su esmerado esmoquin porque *ni siquiera llevaba tacones*. Giró la cabeza cuando una señorita del cáterin le llamaba la atención con su ínfimo timbre de voz, que era devorado casi por entero por el murmullo de la marabunta académica.

—¿Disculpe?

—Delicias de hojaldre al Pedro Ximénez, ¿quiere?
Alberto bajó los ojos hacia la bandejita que le ofrecía la sonriente muchacha.

—No —balbució—. Gracias. Pero si pudiera traerme algo de beber...

En ese momento se acercó Victorino, que parecía haber adivinado sus pensamientos, porque tendió hacia él una copa de tinto.

—Toma, que estás más seco que Daimiel.

—¡Mira por dónde! —exclamó sorprendido Alberto.

—Yo siempre miro por dónde: ahí está la clave de mi éxito —dijo el profesor guiñándole un ojo y alzando su copa, que contenía idéntico mejunje—: Brindemos, ¿no, Sinatra?

—Muy gracioso... —contestó Kaufman sin poder evitar ruborizarse al comprobar que su infundado temor se confirmaba—. ¿Y por qué el brindis?

—¡¿Que por qué?! Pues porque esta noche empezarán a cuajar tus ambiciones.

Alberto descendió la copa que había levantado ya, fingidamente entusiasta. Contrajo el gesto y bajó la voz:

—Shhh. Calla. Que todavía no lo he hecho público. Además, no hay nada seguro aún.

—¡¿Cómo que no?! Tú has nacido para escalar. El decanato fue tuyo en cuanto lo quisiste, a pesar de las guerras intestinas. De aquí a unos meses te veo agarrado al timón de la gran nave. A ti te espera ese despacho tan cuco que tiene el Lirón en cierto edificio egregio... Que te lo digo yo, don Albertucho. El Señor te tiene reservados los más excelsos designios.

—Joder, Victorino, habla más bajo. ¿Es que estás ya borracho? —Y mirando rápido el reloj—: ¡Que aún no son ni las diez y media!

Victorino esbozó una mueca infantil y se llevó la copa a los labios. Alberto lo imitó mientras miraba nervioso a su alrededor, como buscando algo que no acababa de encontrar.

—Esto es ribera, ¿no? —dijo sin mirarlo.

—¿Me hablas del vino?

—Claro. De qué si no. Es un ribera, no muy allá, pero decente.

—Yo de vinos no sé mucho, profesor Kaufman. Rioja o ribera, lo mismo me da. Lo importante es humedecer el gaznate, dar pábulo a la sacra tubería que conduce al éxtasis.

Sonrió guiado por la entonación de sus palabras, más que por su contenido, pero enseguida supo que debía localizar con urgencia a alguien que lo librara de aquel pelmazo. En ese momento y al mirar hacia uno de los laterales, donde no había ningún corrillo de invitados que parloteara y la vista le alcanzaba más allá de las recortadas tuyas y la cristalera de la casa, vio con sorpresa una mancha que se deslizaba veloz por el fondo de la piscina. En la velada luz del anochecer, distinguió con esfuerzo la figura confusa de una mujer. Cuando tragaba el último sorbo del vino, que sin darse cuenta había dejado estancado en su boca, la figura salió a la superficie y nadó con elegante cadencia hasta la escalerilla. Desde la espesa melena resbaló el agua espalda abajo y los avaros focos de luz subacuática le resaltaron el bronceado de los tersos mus-

los, el brillo inmaculado de las nalgas, mientras subía los tres blandos peldaños que la separaban del bordillo. Un poco más allá la esperaba un joven que sostenía una toalla. Después de secarse un poco, la misteriosa nadadora se puso allí mismo un vestido de lentejuelas y se calzó unos zapatos de tacón que le acercó el mismo muchacho.

—Alberto... ¡Alberto!

Kaufman se giró con sorpresa hacia Victorino y lo miró luego desde una abstraída lejanía, como volviendo de pronto de un lugar a mil leguas de aquel.

—¡Anda! —exclamó el profesor mirando de soslayo hacia la piscina y lanzando luego una mirada burlona a su distraído interlocutor—. ¡Si parece que nuestro intelectual sigue teniendo sangre en las venas!

En ese momento se acercó al grupo la doctora Miralles.

—¡¿Concha, qué tal?! —la saludó con cierta euforia Alberto, aliviado de evitarse la respuesta al comentario de Victorino.

—Sensacional, Alberto. Vienes impecable esta noche. ¿De qué hablabais?

—Pues ahora mismo de nada, porque el señor Kaufman estaba absorto en... menesteres no verbales, meramente contemplativos.

—¿En serio? ¿Cómo cuáles? —preguntó distraída la oronda doctora Miralles, más atenta a la trayectoria de las bandejas con comida del cáterin que a sus recientes interlocutores.

—No le hagas caso, Concha. Simplemente miraba la piscina.

—Claro. La cadencia del oleaje.

Cuando la profesora comprendió las sugerentes palabras de Victorino, cejó momentáneamente en su tarea de localizar viandas apetecibles y miró a Kaufman con mueca de burla. Al parecer, ella también se había percatado de aquella mujer en el agua.

—No pienses mal —se sintió obligado a decir Alberto—. Simplemente me ha resultado curioso que hubiera alguien bañándose. —Y buscando con rápidos ojos a la que acababa de calzarse los tacones y ya comenzaba a saludar a los invitados, añadió—: ¿Sabes quién es?

—¿En serio me lo preguntas? —le soltó Concha, mirándolo sorprendida.

—¿Por qué lo dices? —contestó Alberto pasándose una mano por su recién recortada barba en un gesto que traslucía vulnerabilidad y del que se arrepintió enseguida.

—¿Pues por qué va a ser? ¡Porque lo sabe todo el mundo!

—No digas eso, Concha, que sin ir más lejos don Alberto está en ascuas... Y paradójicamente es el más interesado en conocer.

Kaufman miró molesto a Victorino, pero no le dio tiempo ni a lanzarle una invectiva rápida.

—Es Alida, Alida Espejo —contestó Concha. Y añadió bajando teatralmente la voz—: La novia de nuestro anfitrión.

Se hizo un silencio de varios segundos durante el que Victorino y Concha miraron a Alberto expectantes. Sus rostros traslucían una mezcla de curiosidad y burla

que logró indignar al profesor. ¿Qué estaban infiriendo aquellos dos idiotas de su distraída e inofensiva mirada a la piscina? Fuera lo que fuese, aquello lo colocaba, a él y desde luego a Sofía, en una posición muy delicada. En cualquier caso, si dejaba a un lado su momentánea indignación, aquella noticia le parecía sorprendente: De la Hoz con novia, con *aquella novia*, era lo último que habría imaginado; así que decidió exteriorizar exclusivamente aquella primitiva impresión:

—¿En serio? ¡¿La novia de don Alonso?! ¿Pero cuántos años se llevan?

—No me seas carca, Alberto. ¿Precisamente con esas me vienes? ¡Pues se llevan poco más que tú con Sofía!

—Eso mismo —apostilló la propia Concha, de pronto alineada en el bando del impertinente profesor—. ¿Y tu mujer, por cierto? Hoy no la he visto.

—Lógico. Pues adivina... Está donde siempre. Nadie me la acapara mejor ni con más efectividad que él.

—Supongo que hablas de Fede Castro.

—De quién si no. Yo me fío de ella, desde luego, además de por sus virtudes, que son innegables, porque él es ciertamente...

—Ejem, Alberto, ejem.

—Eso, ejem —apostilló Concha la apreciación de Victorino.

—Ya, claro. Él tiene fama de..., pero... Ahora en serio: hoy Sofía tiene un asunto importante que tratar con él.

—¿De veras? ¿Y qué asunto grave iba a tener que tratar una mujer inteligente como Sofía con semejante lechuguino?

—¡Cállate, Vito! —susurró la doctora Miralles dándole un codazo al profesor y mirando divertida a Alberto.

—Pues mira por dónde, Sofía ha empezado a escribir un libro.

—¿En serio?

—Ajá. Una novela.

—¡Anda, Alberto, lo que tú no serás capaz de escribir en tu vida!

—Desde luego, Vito. Lo mismo que tú. ¡Eso hay que asumirlo!

—Si ya decía yo que Sofía era mucha mujer... Toda una intelectual, no como nosotros.

—Pero a ella le viene esta inquietud de largo ya. Poemas y cuentos sé yo que escribe desde siempre en las horas muertas del trabajo.

—Estos funcionarios...

—¡A nosotros nos vas a contar! —respondió confiado Alberto a Vito, incluyéndolo con astucia en el insulto.

—Eso mismo: a vosotros. Por mí no habléis, que yo en la facultad trabajo más que una esclava en Guiza.

—¡Menos será, exagerada! —Y añade volcando un pulgar sobre Kaufman—: Este caballero trabaja más que tú seguro. A ver, don Alberto, háganos de tu último artículo.

El catedrático permaneció en silencio unos instantes, dudando si Victorino estaba realmente interesado en escuchar su respuesta o simplemente le estaba dando carrete para soltar luego su chanza de rigor. Presintió que, en efecto, iba a burlarse de él de nuevo, y por eso decidió no responder. Pasaron unos segundos, dio un sorbo a la

renovada copa de vino que acababa de ofrecerle una camarera. Se hizo entre los tres el silencio. Alberto sintió latir contra sus sienes su orgullo académico seguido de un acuciante afán por compartir. Un instante antes de hablar miró a la inocente Concha y se convenció enseguida de que era una grosería no responder.

—Pues la verdad es que... —empezó a decir titubeante—. ¿En serio os interesa?

—Venga, ¡si estás deseando contarnos!

Y Alberto, obviando una vez más la camaradería dañina de su interlocutor, habló largo y tendido sobre la poesía polaca actual y sus guiños al cine escandinavo de finales de los sesenta.

—Bueno, hombre... Como diría mi buen amigo Max Estrella, tampoco hay que ponerse estupendos —soltó Victorino cinco minutos después, claramente arrepentido de haber dado coba a su compañero.

En ese momento se sumó al grupo Godoy, un joven crítico de cine que impartía clases en la Facultad de Ciencias de la Información. Hasta ahora la buena posición de su familia no había logrado poner en tela de juicio sus méritos propios en la universidad pública.

—Si no es mucha indiscreción, ¿puedo saber de qué estabais hablando? —dijo con un hilo de voz—. Es que vengo huyendo de aquel grupo de allí porque acaban de denostar el cine de Kim Ki-duk.

—Pues de aquí es posible que acabes huyendo por otros motivos... Alberto estaba hablándonos largo y tendido sobre sus cosas. ¿Qué opinas tú del cine escandinavo de mediados de los sesenta?

—¿De quién hablaríamos? —preguntó entusiasmado—. ¿De Widerberg, Sjöman y esa gente?

—¡No! ¡No sigas!

—Mejor sería decir que no empiece, ¿no? —dijo Alberto, sinceramente alegre por la llegada del joven Godoy—. Sí, me refiero a ellos. Hay algunos poetas polacos que...

—¡Venga ya! ¡Callaos de una vez! —soltó de pronto Victorino. Y girándose hacia la doctora Miralles, añadió—: Vámonos tú y yo a la piscina a marcarnos unos sensuales largos para regocijo de Alberto.

Kaufman, dirigiéndose al recién llegado, buscando en él una complicidad que sin duda facilitaría la admiración que este en silencio le profesaba, dijo:

—Como ves, Vito es experto en fingir interés por temas eruditos para luego dejarte en la estacada. Hace preguntas capciosas para enseguida echarte en cara lo pedante que eres respondiendo. Además, hoy solo le interesa el chismorreo.

—En cualquier caso, don Victorino, tiene usted que reconocer que don Alberto tiene la rara virtud de parecer sencillo hasta cuando habla de los temas más peregrinos —apuntó el joven Godoy, al tanto para tender siempre un capote a su admirado catedrático.

—¿Ah, sí? ¿Y también te parece campechano cuando decide vestirse como un mafioso en la boda de Connie Corleone?

Todos le rieron la gracia a Victorino, y este, seguro de sí mismo y acusando las copas de más que llevaba ya encima, prosiguió:

—Joven Godoy, todavía tienes que desembarazarte de tu propensión al clientelismo. Kaufman no quiere acólitos: se conforma con una cohorte de esclavos. Además, tú no debes nada a nadie. De hecho, vales más que nosotros tres juntos, así que déjate de sandeces. Cuando este señor —señalando de nuevo con un desdeñoso índice a Alberto— se pone estupendo, no hay dios que lo aguante y punto.

—Está bien, está bien... Nada de cineastas ni de poetas, ¿de acuerdo? Haya paz —dijo el aludido metiéndose derrotado en la trinchera que él mismo acababa de cavarse—. Voy a llenar esta copa de algo que no sea vino y cuando vuelva prometo iniciar con vosotros una conversación de lo más desenfadado.

—No vas a saber.

—Verás cómo me las ingenio. ¿Os traigo algo de la barra?

Ninguno lo escuchó ya. Vito acababa de meterse con la corbata del joven crítico Godoy y Concha estaba pendiente de ambos para salir al quite en cualquier momento y evitar que los comentarios de Vito enfadasen a su neófito interlocutor.

Alberto se giró, suspiró aliviado, y de camino a por la bebida decidió que no volvería a acercarse a aquel grupo en toda la noche. Ya había comprobado repetidamente que el propio alcohol era lo único que podía ayudarlo a tolerar a un Victorino beodo, pero aquella noche el viejo profesor se había acercado a él demasiado pronto y lo había sorprendido con la guardia baja. Después de dudar un poco sobre adónde debía encaminar sus pasos, visua-

lizó al fondo una especie de cabañita de mimbre engalanada con intermitentes luces azules. Se dirigió a ella lo más recto posible mientras apuraba el culo de vino que le quedaba en la copa. *Quizá es un rioja*. Pero hacia la mitad del trayecto sintió en su brazo la fuerza repentina de una inesperada presilla; por su determinación, reconoció al dueño de aquella mano.

—¡Evohé, Niseo! ¿Vienes a mi casa, huésped querido, y ni me buscas con la mirada, ni me diriges la palabra, ni me agradeces la abundante bebida o las refinadas viandas?

Alberto sonrió sincero ante la peculiar grandilocuencia de su amigo De la Hoz, catedrático de Griego Clásico. Le estrechó su recia mano con efusividad. A él sí podría perdonarle cualquier burla, ebrio o sobrio; incluso las alusivas a su traje.

—Una velada estupenda, Alonso.

—¿En serio? —Y retirándose de él y mirándolo de arriba abajo—: ¿Y esto? Menuda planta. ¡Estás hecho un dandi! Qué te iba yo a decir... Ah, sí, adivina: nuestra querida Sofía está con el señor Castro.

—Ya.

—¿Ya dices? Pues permanece vigilante. No por ella, desde luego, sino por él, que tiene fama de *playboy*. Dicen por ahí que vive con tres novias.

—No creo que a Sofía le interese formar parte de ese harén.

Alonso lo miró con una ceja alzada y luego hizo con la boca una mueca que lo mismo podía significar risa que espanto.

—Llevas razón. En realidad estaban hablando de una novela que se trae ella entre manos. Por cierto que la he visto guapísima... Y me parece que acaba de encontrar editor, porque desde luego él se ha manifestado dispuesto a hablar con el comité editorial de Hemisferio en cuanto ella le pase el manuscrito. He escuchado que piensa ambientarla en una casa que hay en Sintra, ¿no? Bellísima ciudad. Yo estuve hace unos cuantos veranos en el Palácio da Pena. Buena gente los portugueses, ¿eh? Y grandes intelectuales. Tanto o más que los franceses, que son los que siempre se llevan la fama. Aunque donde nos pongamos los españoles, *confer* Cervantes. Y hablando del maestro, ¿qué me dices de esa maravilla que es mucho más que una novelita en la maleta de una gran novela?

También estaba ya acostumbrado Alberto a los repentinos giros conversacionales del profesor De la Hoz.

—¿Te refieres a *El curioso impertinente*? —respondió en cuanto encajó el abrupto viraje.

—*Ecco!* Te lo decía porque uno de mis becarios está indagando en la tradición helenística de la figura del cornudo consentidor, que en puridad no es el mismo tipo que el del cornudo contento. Uno puede saber que es engañado muy a su pesar, ¿no te parece?

Alberto hizo lo posible por mitigar su sobresalto al ver que se acercaba a ellos la mujer de la piscina. Al llegar junto a Alonso, introdujo su escurridizo brazo en el hueco que él dejaba al apoyar las manos en la cintura. El profesor se había girado un poco antes de sentir su tacto, justo al preguntarse qué había en su retaguardia que le había transformado la cara a su interlocutor.

—Ah, cariño... —dijo al verla—. ¡Pero si estás mojada!

—Eso es porque acabo de hacer unos largos.

—¡Cómo no! ¡Y con los invitados ya aquí! Desde luego, haces siempre lo que quieres. —Y mirando de nuevo a Alberto y moviendo a ambos lados la cabeza, pero sin ocultar un dejo de orgullo en la voz, remachó—: Hace siempre lo que quiere.

—Ojalá tuviéramos nosotros su arrojo —dijo Alberto, y la miró acogedoramente a los ojos hasta que lo atenazó una imprevista timidez que le hizo desviar su propia mirada en el último instante, cuando fue a estrecharle la mano—. Alberto Kaufman. Encantado, señorita...

—Alida —dijo ella acercándole enseguida la mejilla para un beso.

—Un placer.

Y al retirarse fue a mirarla de nuevo y vio con sobresalto que Alida ya lo estaba mirando a él, esta vez con una mueca diferente, como de extrañado reconocimiento. De pronto su gesto parecía traslucir una complicidad rápidamente adquirida, y sus ojos verdes, realzados por la piel morena y el pelo negro y mojado que los enmarcaba, se mantuvieron fijos en él hasta que Alberto vio que si no desviaba la mirada iba a caerse hacia atrás, empujado por la acción de una invisible fuerza que parecía manar de ella. Kaufman atribuyó al vino aquella sensación, y al alzar su copa vacía recordó que quería rellenarla.

—Voy un momento a... —dijo torpemente, señalando el cristal.

—Bueno, hombre, te esperamos —le dijo Alonso, campechano—. No tardes, que quiero hablarte de un proyecto serio.

—No tardo. ¿Bebéis algo vosotros? —balbució Alberto.

—Sí, por favor —contestó ella con una vocecita que le costó trabajo escuchar—. Un vermú.

—Eso está hecho —le replicó, y se sintió estúpido al recordarse por un momento al bueno de Bud Stamper en la adolescente fiesta de *Esplendor en la hierba*. Pero seguro que su recién conocida Dennie Loomis no lo escogería a él para ir a magrearse frente a una cascada.

Solo al alejarse de aquella mujer fue consciente, por contraste, de su zozobra. Le temblaban las manos y sentía brotar y deslizarse el sudor espalda abajo, empapándole la almidonada camisa, su chaqueta de idiota. Cuando notó que en las rodillas le faltaban las fuerzas y que iba a tener que detenerse un momento para tomar aire, se recriminó su torpe actitud, acorde sin duda con la de esos galanes de Hollywood a los que se había propuesto emular aquella noche, incluido el golfo Warren Beatty. Antes de dirigirse a la barra fue a los aseos, y bajo el grifo, ante los envolventes espejos que multiplicaban su imagen, se convenció de que a partir de ahora era preciso renunciar a todo comportamiento estereotipado. La fiesta era una selva y el león no podía permitirse gilipolces.

Cuando regresaba junto a Alida con un vaso de ponche y otro de vermú, vio en la distancia, entre la gente, que Alonso ya no estaba junto a ella. Alberto no supo si aquello habría de intensificar lo absurdo de su comporta-

miento con la mujer o, por el contrario, habría de mitigarlo, pues ahora podía sentirse libre de la presencia de un incómodo juez y parte. Fugazmente pensó que su amigo podría haberse sentido molesto por la manera abrupta en que la llegada de su reciente novia había cortado la conversación entre ambos, pero enseguida miró a su alrededor y lo vio a no mucha distancia, acaparado por el vicerrector y su esposa, que sin duda habían reclamado su presencia tan solo un instante antes. Alida, sin embargo, seguía allí, en el mismo sitio en que la había dejado, esperándolo a él y su bebida. Entretanto hablaba con un señor mayor que Alberto no conocía ni siquiera de vista. Ella se tomó la licencia de hacer las presentaciones mientras le cogía a Alberto de sus manos torpes la bebida y le susurraba «gracias».

El caballero aquel se llamaba de una manera tan anodina que Kaufman enseguida olvidó apellido y nombre, pero sí recordó luego, a las tantas de la madrugada, ya en su cama, sin poder dormirse, que era miembro de la Real Academia de la Historia. Este caballero anónimo enseguida fue reclamado por una señora mayor, esposa de algún alto cargo del ayuntamiento, que en ese momento se aproximó a él para decirle que ella era «amante de José Bonaparte», a quien este sujeto había dedicado prolijos estudios.

—Y con la edad que debe de tener, hasta de Carlo-magno —le susurró Alida a Alberto por romper el hielo, aproximándosele al marcharse el académico.

Él rio sincero porque no esperaba el comentario, pero su proximidad lo turbó enseguida y, muy serio, comenzó a darle compulsivos sorbos a su vasito de ponche.

Instintivamente miró hacia donde había dejado a Victorino y Concha, y quedó tranquilo al ver que no le habían seguido el rastro y que ahora departían alegremente con Godoy y una becaria nueva. Volvió la vista hacia Alida porque pensó que podría resultar maleducado si no lo hacía en breve. Ella de nuevo lo miraba con extraña fijeza desde su incómodo silencio.

—Nunca antes habíamos coincidido, ¿no? —le dijo para evitar que se prolongara la tensión entre ambos.

—No, eso creo. Supongo que me acordaría si... —dijo ella interrumpiéndose aposta al ir a darle un sorbo al vermú mientras le miraba el traje de arriba abajo.

—Ya —dijo él al darse cuenta de que se refería a su indumentaria—. Pero no creas que yo voy así de diario. Esto ha sido un capricho. El sueño de una noche de... casi verano.

Volvió a darle un sorbo al ponche, y luego otro, y otro más. Le molestaba ahora el cuello de la camisa, demasiado rígido, y la pajarita le parecía una mano de acero que lo estrangulaba. Bajó la mirada hasta el suelo y pensó abiertamente que eran ridículos sus zapatos de charol.

—Eso espero —dijo al cabo—, que no vayas así vestido a clase. Ahora en serio: Alonso habla maravillas de ti.

—Somos buenos amigos. Precisamente por eso me extraña tanto no haber sabido antes nada de ti. De hecho, pensé que después de enviudar, a Alonso no le había quedado el alma para más complicaciones.

Mencionó el alma en lugar del cuerpo porque lo que sí sabía era que el cuerpo sí lo atendía bastante bien, y que todos los primeros jueves del mes hacía una cena en su

casa en la que se comía en abundancia y se disfrutaba de compañía femenina religiosamente pagada por el anfitrión. Por eso desde que Alberto se casó con Sofía había evitado ir a aquellas cenas, o si había ido a alguna había procurado marcharse a los postres.

—Nos conocimos hace solo unos meses, en Río. Durante un congreso mundial de semiótica.

—¿Eres de aquí? Española me refiero.

—Sí. Salamanquesa.

—Ah —exclamó protocolario, aunque al oír aquello le fue imposible no pensar en el reptil.

—Lo preguntas por el nombre, ¿no? Es griego. Me lo pusieron por Alida Valli.

—Magnífica actriz. Pero no. Te lo preguntaba por tus ojos. Supongo que sabes que son...

Alberto se detuvo y calló, asustado de los adjetivos que se le pasaban por la cabeza. Entonces se hizo un silencio extraño que Kaufman aprovechó para volcarse en el gaznate lo que quedaba de ponche en su vaso. Cuando abrió sus párpados, que instintivamente había cerrado al beber, ella ya no estaba allí.

La buscó por el jardín, en la piscina, en el salón principal. No la vio tampoco durante la cena, que engulló sin hambre, en silencio, francamente a disgusto con los comensales con los que lo habían sentado. Fede y Vito manejaron los hilos de todas las conversaciones y él se sintió extraviado todo el tiempo, incapaz de encontrar el momento o las palabras para lograr apoyos para su candidatura a rector, a pesar de las instigadoras miradas de Victorino. Se refugió toda la noche tras las copas que los

camareros, diligentes, le iban llenando de distintos vinos que casaban con los platos que le ponían por delante. Habló poco con Sofía, que parecía divertida con las bromas de Castro y que se mostraba hostil cada vez que se giraba hacia él, a todas luces abortando una reprimenda por verlo taciturno y bebiendo tanto. Alberto, en silencio, estaba sorprendido de notarse echando de menos a una extraña, *pero qué extraña*. El sitio de ella, junto a Alonso, permaneció dolorosamente vacío durante el resto de la velada, y este le contestó con evasivas cuando Kaufman abiertamente le preguntó por ella. Entonces el catedrático lo obligó a sentarse a su lado y a fumarse un cigarro mientras departían acerca de los personajes de *esa extraordinaria obrita* que Cervantes incluyó en el *Quijote*.

—¿Qué tal con Fede Castro, cielo? —le dijo a su mujer ya en el coche, de vuelta a casa, confinado al asiento del copiloto por las copas de más—. Has estado hablando con él casi toda la noche.

—Es un pesado, ya lo sabes. Pero está interesado en leer mi novela. Y eso que todavía no la he empezado. Qué idiotez, ¿verdad? Es absurdo interesarse tanto por una historia que aún no está escrita. No sé por qué se me ha ocurrido decirle que estaba trabajando en un libro. Para quitármelo del medio le he dicho que me interesan las editoriales independientes. Y en serio lo digo, porque para publicar en esa feria que preside...

—Tal vez lo que de veras le interesaba eras tú, más tangible y rotunda que tu historia.

Sofía se giró hacia él remolona, concentrada en la conducción:

—Qué dices. Es demasiado viejo... O, pensándolo bien, la vieja soy yo.

—No te confundas, Sofía. No hay edad para los intereses que son atávicos. Algunas etapas son más propicias, pero al final nos conformamos con lo que tenemos. Todos los seres humanos queremos sexo. Hombres y mujeres. Ten eso siempre en cuenta.

Sofía calló, fijó la vista en la carretera y al cabo esbozó una sonrisa que Alberto pudo vislumbrar entre la penumbra anaranjada del cuadro de mandos. Entonces se hizo entre ambos un silencio nuevo, oscuro y denso como una ciénaga.